

Viajes y poemas de Isabel Pesado, la de la queja doliente

Lilia Granillo Vázquez ¹

Tradición escritural

Placer encuentro en montes escabrosos,
y goces siento en la ribera umbría;
música escucho en mares borrascosos,
y donde nadie habita hallo alegría
(*Consuelos a mi hermana...*)

El 4 de abril de 1870, a las 11:30 de la mañana partió, de la estación de Buenavista, el ferrocarril a Puebla. Llevaba tres distinguidos pasajeros de la Ciudad de México con rumbo al Puerto de Veracruz: Isabel Pesado de Mier, su marido, Antonio Mier y Terán, y su hermana, Carmen Pesado. Ya en la Angelópolis, los tres cambiaron de transporte, a “carruaje nuestro”, según consigna Isabel; viajaron hasta Paso del Macho, deteniéndose unas horas en Tepeaca, atravesando la Cañada de *Istapa* ² (sic), para llegar a descansar un par de días en la Hacienda de Cuauhtlapan –“finca de mi familia”-. Luego, también en coche de tiro, avanzaron a la Hacienda del Potrero, muy cercana de Paso del Macho. Al día siguiente llegaron a este destino intermedio donde abordaron nuevamente el ferrocarril. Era el 10 de abril y en unas cuantas horas llegaron por fin al Puerto.

Tres días después, a bordo del vapor “La Francia”, zarparon de mañana –a las 10:00 era la salida—y el 16 de abril, al anochecer avistaron La Habana. A la mañana siguiente, los pasajeros obtuvieron permiso de desembarcar, pero solamente permanecieron una noche en tierra. Faltaba una larga travesía, y a la epidemia del vómito, se añadían otros inconvenientes que apresuraban el retorno al mar: “La naturaleza en tierra caliente es exuberante, pero la vida trabajosa, pues al calor se agregan los moscos, que hay de todas clases y tamaños, cuyas picaduras forman una viruela, y otros mil animales venenosos: la existencia allí es muerte esperada”. El 18 embarcaron nuevamente rumbo a *San Thomas* (sic). La población del barco había aumentado considerablemente, pues “por temor a la revolución, cuantas familias pueden, emigran” de Cuba.

El día 22 ya estaban en Santo Tomás, isla del archipiélago de Las Vírgenes, todavía en el Caribe. Según anotaciones de Isabel, recorrían unas 250 millas diariamente en mar abierto; y cuando se acercaban a tierra, avanzaban unas 100 ó 120. Por fin, el 8 de mayo a las 6:00 llegaron a San Nazario. Desde Veracruz, los tres

¹ Doctora en letras españolas, profesora investigadora del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana—Azcapotzalco. Proyecto de investigación registrado No. 282, CSH—UAM--A: Historia documental de las mujeres en Ibero América: mujeres escritoras.

² Por regla, modernizo la ortografía para facilitar la lectura. Conservo la antigua y respeto el original, señalándolo con cursivas en el texto, cuando la ortografía es dudosa o ayuda al estilo decimonónico de Isabel.

pasajeros habían recorrido 5 473 millas hasta llegar a este puerto de Francia, primer destino trasatlántico. Regresarían a México, también por vía marítima, luego de haber visitado las principales ciudades de Francia, España, Portugal, Inglaterra, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y Estados Unidos, sitios de interés de Occidente que recorrieron durante tres años.

Durante el siglo XIX el turismo se volvió costumbre de la aristocracia y la burguesía: los ricos herederos europeos --jóvenes entre los 17 y 20 años-- solían recorrer el mundo, *touring* antes de casarse en bodas concertadas para preservar el mayorazgo. Sin embargo, Isabel, su marido y su hermana, no viajaban, en rigor, como turistas. Se decidieron a dejar su mansión de Santo Domingo, en el ahora Centro Histórico de la Ciudad de México, "... para que me repusiera de una grave enfermedad que me condujo a las puertas del sepulcro, hundiéndome en la negra tristeza". Los médicos --menciona al doctor Lavista--, conforme a la mentalidad de la época, le recomendaron baños curativos y distracciones: un largo viaje para intentar olvidar la muerte del único hijo que logró concebir, acaecida el 16 de diciembre de 1869. Dueña de una sensibilidad exquisita, de una educación esmerada, como correspondía a las hijas de la alta aristocracia, Isabel emprende el viaje con constantes evocaciones de la muerte y del dolor en la vida: Escribe con un talante fúnebre, mortecino, como aquel que la aqueja en Veracruz, contemplando el océano:

.... Ya sea por el estado de mi espíritu o por la manera en que mi mente se representaba el mar, su vista me causó una pena indecible. Eran las seis de la tarde y el cielo estaba nublado. Lo que se presentó a mi vista, no me parecía un agua azulada, sino un negro crespón, movido por la brisa que soplaba fuertemente... (p. 3)

Un año antes, en 1868, a principios de la etapa cultural que la historia de la literatura mexicana identifica como "Concordia nacionalista"³, Justo Sierra inauguraba sus célebres "Conversaciones del domingo", en las prensas de *EL Monitor Republicano*, con una amplia mención a esta señora. Isabel era hija y esposa de notables, notable ella misma, mexicana muy valiosas que ha trascendido al siglo XX por su obra social, el legado de la Fundación Mier y Pesado. Al hacer un recuento de las "niñas mexicanas" que escriben, Sierra, entonces escritor joven, encomia:

... Dolores Guerrero, esa Safo Americana; Esther Tapia, que supo reunir la entonación vigorosa de la Avellaneda y el sentimiento exquisito de Carolina Coronado; Isabel Prieto, cuyo talento no es tan lujoso, pero sí más delicado que el de Jorge Sand; Isabel Pesado, la de la casta y luminosa inspiración; Susana Masson cuyas estrofas tienen la música y el brillo de Mme. De Girardin, y allá en los bosques seculares, entre las ruinas misteriosas de Yucatán, Gertrudis Tenorio, esa niña que canta como la oropéndola, y cuya poesía es ardorosa y perfumada como el sol y los nardos de su país natal.⁴

³ Locución de José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México. ed. Oásis, 1986

⁴ Justo Sierra, "Conversación del Domingo" en *El Monitor Republicano*, 5 de abril de 1868, rep. Por Francisco Monterde (edit.), en Justo Sierra, *Obras Completas*, t. II, Prosa Literaria, México, UNAM, 1977, pp. 72–73.

En la escritura de mujeres mexicanas del siglo XIX, se observa que la lira femenina se divide en liberales y conservadoras, igual que la sociedad entera. En los albores de la Intervención Francesa, a partir de 1860, mientras que Antonia Vallejo, Josefina Pérez, Laureana Wright e Isabel Prieto denuestan poéticamente a la patria por tanto batallar y tras los fusilamientos, se conduelen de Maximiliano:

...Este príncipe triste y angustiado
Que aquí miráis conmigo
Que con torpes ardides fue engañado
No le juzguéis manchado
Que nunca de la patria fue enemigo
Él al pueblo no impuso férreo yugo
Ni jamás fue verdugo:
La culpa fue de Francia
Que soñó conquistar en su arrogancia
Esta tierra de amor y de grandeza ⁵ ;

Isabel Pesado, Soledad Manero y María del Carmen Cortés y Santa Anna –como corresponde a su prosapia familiar--, publican versos y ramilletes saludando la llegada de la Emperatriz y toda su corte.

Tú, Carlota gentil, con tierno anhelo
El llanto enjugas de mi patria amante:
Sólo al mirar tu angelical semblante,
Se torna en gozo su perenne duelo. ⁶

De la misma manera que en el caso de los escritoras, al triunfo de la República Restaurada, en 1868, acuden todas, liberales y conservadoras, al llamado de reconciliación, al proyecto de reconstrucción nacional del maestro Altamirano. Una docena de poetisas de diversas regiones republicanas aparecen publicadas en la emblemática revista de ese año, *El Renacimiento*, lugar de confluencia de la creatividad poética mexicana, donde Isabel aparece publicada. De ahí la mención incluyente de Justo Sierra.

Dos años más tarde, al tiempo que Isabel atraviesa Europa, apesadumbrada y de duelo, las otras poetisas se ocupan de fundar empresas culturales, como *La Siempreviva* de la región del Sureste, con Gertrudis Tenorio Zavala, Rita Cetina Gutiérrez y Dolores Correa Zapata, yucatecas ilustres, a la cabeza. En 1872 aparece en México el primer libro de poesía femenina mexicana: Esther Tapia de Castellanos, nacida en Michoacán y avecindada en Guadalajara, ve publicadas en vida sus *Flores Silvestres* ⁷, con prólogo de José María Vigil. De ahí seguirán poetisas apareciendo tres o cuatro veces al año, en *Flores del siglo*, --como las de

⁵ Josefina Pérez de García Torres, "Chapultepec", Poesías, México—París, Librería de la Viuda de Bouret, 1901, pp. 23-4

⁶ A su Majestad la Emperatriz, (escrito para una niña que ha de ofrecer un ramillete), primer verso: "México hermosa, en tu azulado cielo..." en *La Sociedad, Periódico Político y Literario*, México, 3ª época, T. III, 1863-1864

⁷ *Flores Silvestres*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, con Prólogo de Vigil. El libro alcanzó dos ediciones decimonónicas, éxito que muchos poetas de seguro anhelaron, y que anhelarían hoy día. La segunda edición estuvo a cargo de Luis G. González, *Obras de Esther Tapia de Castellanos*, 2 vols. en Guadalajara, en 1905

Barbero, de *El Eco de Ambos Mundos--*, o en *Parnasos Mexicanos, Ramilletes y Liras*.

Dos décadas después, la producción poética femenina es ya un rasgo cultural y abundante, tanto que las liras dan para numerosas publicaciones que se conjugan en 1892, en la voluminosa *Antología de poetisas mexicanas de los siglos XVI a XIX*. José María Vigil preparó esta selección de las mejores poesías a petición de Doña Carmelita Romero Rubio, con motivo de la Exposición Colombina de Chicago, e Isabel Pesado ocupa destacado lugar. En el otro polo de la crítica literaria, ese mismo año, en la segunda edición de su *Historia crítica de la poesía en México*, Francisco Pimentel, otro gran estudioso de procedencia conservadora incluye a Isabel Pesado junto a Heraclia Badillo, Dolores Guerrero, Josefa Letechipía, Teresa Vera y Juana Ocampo. En efecto, la poesía de Isabel ya había sido recomendada a España por los estudiosos mexicanos. Cuando la Academia Mexicana de la Lengua respondió a la convocatoria de la Española, en 1892, para integrar el capítulo mexicano de la *Antología de poetas líricos castellanos*, que la Real Academia pensaba publicar con motivo de 1892, Casimiro del Collado, José María Roa Bárcena y Vigil recomendaron solamente a cinco poetisas del siglo. Las elegidas fueron Isabel Prieto de Landázuri, Laura Méndez de Cuenca, Isabel Pesado, Josefina Pérez de García Torres y Esther Tapia de Castellanos. Del otro lado del Atlántico, la máxima autoridad de la época, Don Marcelino Menéndez y Pelayo encargado de la Antología española, acepta la propuesta e incluye, sin dudarlo, a Isabel.

En Barcelona, en el último año del siglo XIX, aparece un "dignísimo volumen", como dirían en las tertulias, impreso en Barcelona. Se trata de la *Antología Americana, Colección de composiciones escogidas de los más renombrados poetas americanos*⁸, con un grabado *Belle époque* en la portada, de pasta dura y con ilustraciones de N. Vázquez. La intención del volumen, en el "Prólogo", informa del horizonte de expectativas y de la recepción esperada:

Consecuentes con nuestro propósito de dar a las obras que forman la *Biblioteca Universal*, la mayor variedad y el interés posibles, concebimos hace algún tiempo la idea de dedicar algún tomo de la misma a los poetas americanos (p. v)...

Además, en la imposibilidad de insertar todas las poesías que merecían ser publicadas, hemos tenido que reducir considerablemente el número de las mismas, incluyendo en el libro por regla general sólo una o dos de cada autor (p. vi)

Los editores catalanes incluyeron la obra de Pesado junto con la de María del Refugio Argumedo de Ortiz, Julia Pérez Montes de Oca, Refugio Barragán de Toscano, Dolores Correa Zapata, Gertrudis Tenorio Zavala, Esther Tapia, Laura Méndez de Cuenca y Dolores Guerrero.

⁸ Montaner y Simón, Editores, *Antología Americana, Colección de composiciones escogidas de los más renombrados poetas americanos*, Ilustraciones de N. Vázquez, Calle de Aragón No. 309 y 311, Barcelona, 1897, 400 pp.

Carlos González Peña le dedica otra mención a su obra, destacando la sensibilidad romántica en la única historia de la literatura mexicana completa publicada en este siglo ⁹:

“...Cierra el ciclo de los románticos Doña Isabel Prieto de Landázuri, la dulce poetisa a quien sus contemporáneos exaltadamente, consideraron gemela del genio peregrino de Sor Juana... En la corriente del romanticismo figuran también, dentro de este período, otros poetas menores:... Josefa Murillo (1869-18981), sensitiva veracruzana que hizo resonar su lira a orillas del Papaloapan; Laura Méndez de Cuenca (1853-1928), fogosa musa inspiradora de Agustín F. Cuenca, su marido, y poetisa ella misma de amable estro; Esther Tapia de Castellanos (1824-1897) cuya producción copiosa no responde siempre al atildamiento de la forma; Isabel Pesado de Mier y Celis (1828-1913) tan inclinada a la queja doliente...”¹⁰

El estilo pulido y la culta forma de Isabel atraen al crítico Frank Dauster, que en 1956 encuentra virtudes destacadas en esa sensibilidad apesadumbrada:

No produjo el romanticismo mexicano poetisas de la calidad de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda o la gallega Rosalía de Castro. Las mexicanas seguían en general, las tendencias que hemos visto al hablar de los poetas, sin que produjeran obras de verdadera categoría. Entre ellas citaremos a dos: Isabel Pesado, poetisa del llanto amoroso, y Laura Méndez de Cuenca (1853-1928) en cuya obra dominaba el lamento pesimista, ¹¹.

La poesía de calidad se eleva al universo (“Dios escogerá los suyos”, profetiza A. Reyes). Por ello, esta poetisas trasciende la escena nacional y encuentran acogida en España. La obra de la Duquesa de Mier es comentada, en 1904, en un artículo que aparece en la *Unión Iberoamericana*, periódico de Madrid, con la siguiente mención:

La mexicana es muy culta; en México estudian las mujeres Filosofía y Letras, Jurisprudencia y Medicina, sobresaliendo en las ciencias de curar Matilde Montoya, gran ginecóloga, y en Leyes, María Sandoval, como sobresalió en matemáticas Francisca Gonzaga Castillo. En esa hermosa tierra (...) abundan las poetisas, descollando Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, Dolores Prieto, Laura Méndez de Cuenca, Laureana Wright de Kleinhans, Teresa Vera, Rosa Carreto, Josefa Heraclia Vadillo, Dolores Correa Zapata, Gertrudis Tenorio Zavala, Mateana Murguía de Aveleyra, Refugio Barragán de Toscano, Josefina Pérez de García Torres, Francisca Carlota Cuéllar, Luz G. Núñez de García, Refugio Argumedo de Ortiz, Luz Murguía, Luisa Muñoz Ledo, Dolores Mijares e Isabel Pesado”. ¹²

⁹ Abundan manuales, libros de texto y monografías, pero la de González Peña sigue siendo la única escrita y publicada en México. Beatriz Garza Cuarón y Georges Baudot son los compiladores de la que parece ser la siguiente; *Historia de la literatura mexicana*, edit. Siglo XXI/UNAM. Desde 1996 está en circulación el tomo I,

¹⁰ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1928, p. 156 y 198.

¹¹ Frank Dauster, *Breve historia de la poesía mexicana*, manuales studium, México, ediciones De Andrea, 1956, p. 87-88

¹² Concepción Gimeno de Flaquer, cit. por Juana Martínez Gómez y Almudena Mejías Alonso, en *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*, Dirección general de la mujer/ horas y HORAS la editorial feminista, Madrid, 1994, p. 76.

Contertulia de poetas y artistas, aristócrata y poseedora de gran refinamiento espiritual, Isabel fue amiga del bibliófilo español Don Marcelino Menéndez y Pelayo, gran promotor de la Biblioteca Nacional de España. Ahí, en el edificio del Paseo de Recoletos, encontré los ejemplares de *Dichas y Penas*, y *Apuntes de Viaje*, que Isabel dedicó, firma autógrafa, a Don Marcelino. Muy pocas poetisas mexicanas han conseguido lo que Sor Juana, trascender los límites nacionales y ser reconocidas en el extranjero.

Una vida de viajes y poesías

Pobre bajel de la existencia mía;
Sólo de Dios la mano poderosa
Pudo salvarte en noche tempestuosa
De encallar presuroso en mar bravía
(Mi bajel...)

Isabel Pesado de la Llave, Duquesa de Mier, fue la quinta hija del primer matrimonio de José Joaquín Pesado y Pérez, varón notable por su literatura, sus posturas políticas y su fortuna. Pesado, poeta de raigambre clásica e ideas conservadoras, nació en San Agustín del Palmar, población del ahora Estado de Puebla el 9 de febrero de 1801. Se casó con María de la Luz Llave y Segura – hija de Don Manuel de la Llave, notabilísimo--- el 1 de febrero de 1822.¹³ María de la Luz había nacido en Córdoba, en 1800, y murió ahí en 1840. José Joaquín volvió a casarse el 3 de julio de 1842, con Doña Juana de Segura y Argüelles, nacida el 5 de marzo de 1818. En este segundo matrimonio, el periodista y editor, que luego sería artífice de la prensa católica --como *La Cruz*, longeva publicación periódica--, procreó más de once hijos, y por mucho tiempo se estableció en Orizaba. Al tiempo que se encargó de *La Oposición*, en 1834, fue vicegobernador del Gobierno de Veracruz. Por algunos meses fue Secretario del Interior (1838); encargado del Despacho de Relaciones Exteriores (1838) en el gobierno de Anastasio Bustamante; y ministro de Relaciones Exteriores e Interiores por cinco días (1846) en el gabinete de Nicolás Bravo. Por cierto que Natal Pesado y Segura, hijo del segundo matrimonio, pintó el famoso "Perdón de Bravo", que se exhibe ahora en uno de los muros del Palacio Nacional¹⁴

Autor prolífico y de reconocida calidad, Pesado tradujo al español la *Jerusalén Libertada*, de Torcuato Tasso y obras selectas de Horacio. Cuentan las anécdotas que en su casona de Tacubaya, en la Ciudad de México, mandó construir una réplica de la Jerusalén de Tasso, que mostraba orgulloso a sus contertulios. Entre sus escritos sobresalen *Los Aztecas*, *Poesías tomadas de antiguos cantares mexicanos* (1854), las novelas *El amor frustrado* (1838) y *El Inquisidor de México* (1838), y en 1839 publicó sus *Poesías originales y traducidas*. Está considerado uno de los mejores poetas de la tradición clásica mexicana. Pesado murió en 1861, tras

¹³ Al nombre oficial del Estado de Veracruz debe añadirse "–Llave", es decir "Veracruz–Llave", precisamente por este prohombre jalapeño.

¹⁴ Natal Pesado y Segura (Orizaba, 1846, Ciudad de México, 1920), sus obras se encuentran en Europa, pues pasó mucho tiempo allá y fundó academias particulares en Florencia. En 1892 pintó el emblemático "Nicolás Bravo perdonando a los prisioneros". Dos años después abrió su academia en Orizaba. H. Mussachio, *Diccionario Enciclopédico de México*, 13 reimp. Marzo de 1997, T. II, p. 1565. Isabel menciona el taller italiano de su hermano, en sus *Apuntes*.

lo cual fueron publicados un *Ensayo épico* (escrito en 1856), *El Libertador de México*, *D. Agustín de Iturbide* (1872) y *El Pescador Negro* (1874).

Isabel nació el 31 de mayo de 1833, en México, y falleció en París, en 1913. Se casó con Antonio de Mier y Celis, quien obtuvo un título nobiliario, mediante Real Ejecutoria de Nobleza firmada por Rafael Villar, quien fuera cronista de Isabel II, la reina de España, en 1864. Don Antonio fue el hijo segundo de Mariana de Celis y Goyo Mier y Terán, quien fuera presidente del Banco Nacional de México y luego ministro plenipotenciario de México en París, y por ello vivió muchos años en el Viejo Continente. Luego, cuando su hijo representó a México, tenía el paso franco en las cortes de Bruselas y de Rusia; transitaba por Inglaterra y así representó a la República Mexicana, con Isabel del brazo, en las bodas de la Reina Victoria. Gran benefactor de la Basílica de Guadalupe, en los vitrales de la antigua iglesia se ostentan las armas del Ducado de Mier. Su familia proviene de un pueblecito de gente sencilla, San Juan de Redondo, de la región de Santander, y se puede trazar el linaje hasta emparentar con los Grimaldi de Mónaco. Don Antonio nunca cobró sueldo alguno por los múltiples servicios que prestó a la patria. Este potentado murió en París el 13 de diciembre de 1899.

En total, la Duquesa de Mier vivió 81 años, de los cuales pasó muchos en Europa. Sin embargo, al morir, -- me aseguró Guadalupe Mondragón ¹⁵, su sobrina biznieta, "se acordó de su México, de sus pobres, y todo se los heredó". El niño Antonio Gregorio Mier y Pesado, único hijo del matrimonio que unió a dos de las "mejores familias" del siglo XIX, la de los Pesado de la Llave y la de los Mier y Terán, murió a los tres meses de edad. Lo enterraron en la Cripta de la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, en la antigua Basílica, al norte de la ciudad de México, en el barrio de La Villa. La Duquesa perdió, como tantas mujeres decimonónicas, la capacidad de concebir tras el difícil primer parto. Fuera por la infausta dolencia uterina que precipita las hemorragias, o por sugerencia del médico ante lo que la mentalidad científica identificaba como "la debilidad femenina", el caso es que Isabel asegura que tras la experiencia de primigesta, supo que no tendría más descendencia. Así que al luto por el hijo muerto, hay que añadir la depresión postparto y el sino de la infertilidad.

¿Depresión, nerviosismo, suma impresionabilidad? El caso es que esta culta dama, aristócrata refinada, muy bella e inmensamente rica, estuvo a punto de morir de enfermedad que requería discreción --cuando contrae tisis, así lo asienta-- y emprende el viaje del olvido. Tuvo la feliz ocurrencia de escribir sus *Apuntes de viajes*, y dejarnos con ello una visión inteligente y sensible, culta y más bien conservadora de la vida en Europa. Como se verá, estos apuntes en realidad consignan una estancia en Estados Unidos y dos viajes a Europa, uno de ellos sin regreso.

La mirada en la verdadera patria
¡Recordar es vivir! Me digo a solas
Y dejo al pensamiento

¹⁵ Entrevista personal a Guadalupe Mondragón de Ocampo, sobrina biznieta de Isabel Pesado, hija de Trinidad Pesado de Rubín, directora de la Casa de Salud, calle Antonio Maceo 138, Ciudad de México, octubre de 1999.

libre bogar en encrespadas olas
O ligero cual viento
Salvar tranquilos lagos, altos montes
Y en la llanura vastos horizontes...
(Tiempo y eternidad)

La selección que hoy presento comprende los dos géneros que Isabel cultivó; la poesía romántica y la literatura de viajes. La compilación poética publicada en París, al final de la vida, abarca más de 350 páginas. Antes de partir a Europa, la Duquesa publicó escasamente en periódicos y ello, en muy selectos, como *la Sociedad*, *El Renacimiento* y en las ediciones de *Flores del siglo*, de *El Eco de Ambos Mundos*. En el volumen de *Dichas y penas*, que lleva el mismo pie de imprenta que los *Apuntes*, recogió por sí misma los poemas y los presentó a los impresores. Es decir que, a diferencia de otros volúmenes de poesías de la época, donde grandes críticos o escritores hacían la labor de editores, no llevaba prólogo de autoridad. Se encontraba lejos de la patria y sin un crítico que respaldara la edición; tal vez veía ya cerca la hora funesta y deseaba dejar su legado a la posteridad. El libro compila 200 poemas, entre los cuales destacan los sonetos, forma predilecta de la poesía mexicana.

En general se pueden distinguir cinco tipos de creaciones poéticas. La primera está constituida por las imitaciones de poesías consagradas, de clásicos, cómo la "Imitación de Byron". Práctica común en el XIX, pertenece a lo que Alfonso Reyes llamaría la "fertilización entre los textos", y que no desmerita la originalidad de la poetisa. Los poetas también recurrían a estas imitaciones de románticos destacados, ya las páginas de las prensas nacionales publican frecuentemente estas transcripciones de Novalis o de Tennyson por plumas autóctonas: son ejercicios poéticos que preparan la originalidad.

La poesía de ocasión constituyó una forma muy frecuente en el ambiente literario del XIX. Bodas, bautizos y cumpleaños de amigos y parientes, lo mismo que festejos cívicos o desastres nacionales eran materia de composiciones poéticas que expresaban el sentimiento de la comunidad y daban ocasión al talento poético para lucirse. En el convulso siglo XIX, la poesía de ocasión abunda en espléndidas composiciones acerca del proceso histórico, batallas, héroes, mitos populares, todo ello forma la expresión del historicismo romántico, casi una obsesión, ímpetu romántica.

Existe también la abundante poesía del paisaje. Aquella dedicada a la contemplación de un árbol, de los pájaros o las flores; o bien, la que transmite la ensoñación ante un jardín y el ambiente fantasmagórico de las ruinas antiguas, o la fuerza de los ríos y las barrancas. Es la poesía del espacio romántico: la tierra en el cielo, el paisaje ideal.

Está, además, la poesía de tema religioso, que más que mística es piadosa y ejemplar. En esto, Isabel Pesado abunda y no es menos que otros poetas. El propio Altamirano se conmueve ante el acto generoso de darle limosna a un pobre o el dolor ajeno. El alma romántica lleva sello cristiano y se asoma con fervor a la Pasión de Cristo y a la Semana Santa.

Y al último, se llega la obra de propia inspiración, de un gran lirismo. En ella, la poetisa construye su propio universo de expresión sentimental, el sueño romántico. La selección se mueve en estos cinco puntos cardinales de una mujer educada a la europea en México, pero que ya en Europa, anhela siempre el pronto regreso a la verdadera patria.

Apuntes de Viaje resulta una lectura interesante y muy ilustrada. Escrita con un afán de mero desahogo, más que una confidencia, el texto se convierte en un testimonio importante de las diferencias entre México y Europa. Y es que Isabel, como ella misma constata, "escribe con la mirada fija en la verdadera patria".

En efecto, la Duquesa – siempre me asalta la duda, ¿estará emparentada literariamente, referencialmente, con la Duquesa Job?- antepone el miedo que le provoca lo desconocido y el dolor de las pérdidas, para recorrer esas tierras con una visión crítica de la sociedad y la historia de cada sitio. Cuenta historias que revelan el carácter de las comunidades, tal es la leyenda de la mora y el cristiano convertida en poema narrativo que transcribe en Granada. O bien se esmera en contarnos cómo la monarquía se obtuvo por las joyas de Wildurgh; y cuida de que sepamos la anécdota fatal de la escultura "La modestia", que se conserva en Italia. Por cuya perfección, el mecenas mandó matar al escultor, para que no repitiera la obra jamás. Educada en el refinamiento y el buen trato –aunque no en el lujo--, además de señas de conocer la historia universal del arte y a los grandes maestros. Siempre descubre las peculiaridades que chocan o contrastan con México, y halla ocasión para fijarse en la arquitectura y el paisaje, y decidir si lucen o desmerecen comparadas con las construcciones nacionales. "Nuestros árboles son gigantes" (p. 23), y la "Plaza de toros es más pequeña que la nuestra" (p. 43).

A lo largo de las 625 páginas, abundan también las anotaciones acerca de los compatriotas que los Duques de Mier van encontrando en sus viajes. Así nos enteramos de las costumbres y peculiaridades de la familia Terán, la del señor Rull, los Souberville, Ignacita O'Brien y la familia Barón. No pierde ocasión para comentar encuentros políticos como el que tienen con el liberal español Emilio Castelar, o la muerte, tal vez envenenamiento en 1899, del presidente francés. Discreta y mesurada, de suma distinción, halla el tono adecuado –refinado y solidario—para las anécdotas familiares, como el accidente en el cual el general Rivapalacio se golpea, en Toledo; o las tertulias literarias que los parientes organizan en Sevilla. Y no falta ocasión para comentar asuntos cotidianos que la conmueven por su sordidez, como las camas sucias en La Haya (p. 471), o la criada ladrona de Florencia, con la cual ella sigue siendo solidaria.

Con todo, lo más trascendente es la óptica de género de Isabel. Su mirada descubre siempre las condiciones de vida del sector femenino. Abundan las anotaciones con respecto a la vida de las mujeres en cada lugar, desde la prisión de la Duquesa de Berry (p. 12) hasta las denuncias compasivas de mujeres golpeadas (p. 161); obreras explotadas, "ellas trabajan más" (p. 70); o "que las mujeres en las carreras de caballos hacen poco menos o más que los hombres" (p. 16). También en este rubro, las mexicanas salen ganadas. Se asombra de "las señoras que (en España) comen naranjas en el teatro" (p. 19), lo mismo que de las pocas joyas que llevan, (p. 189). No deja de anotar, con cierta complacencia que las

madrileñas anden solas por la calle, en tanto que las *misses* estadounidenses compren títulos nobiliarios (p. 578).

La primera vez que Isabel llega a Europa, se apresura a atravesar Francia y España hasta tocar Lisboa, sitio donde pasa un par de meses tomando los baños que el Dr. Lavista le recomienda, y que supervisa el Dr. Barbier, un médico francés. Luego regresa a España, algo compuesta, y permanecen en el pueblo de Redondo, cercano a Santander, donde radica la familia de su esposo. Sigue después un recorrido por Alemania, Bélgica, los países Bajos, temporadas en París, Madrid y Portugal, por espacio de tres años. Mientras ella recupera la salud visitando los balnearios más prestigiados de Europa y se distrae con los espectáculos del Viejo Mundo, su palacete de México, cercano a la Plaza de Santo Domingo, está siendo restaurada. La reconstrucción duró tres años, mismos que Isabel, Antonio y Carmen pasan fuera. Los tres regresan a México a fines de 1872, y ella reestrena su casa el 1 de enero de 1873. A los 6 meses, Antonio compra una casona en Taha baya y por los años siguientes, los esposos viven en el Centro de la Capital y pasan largas temporadas en su retiro de Taha baya, en el campo.

En marzo de 1885, el Duque enferma. Por recomendaciones de los médicos, los esposos emprenden un viaje a Estados Unidos. Por tren llegan a Nueva Orleáns, y ahí anota Isabel que sólo la necesidad de cumplir con sus obligaciones la lleva a dejar su patria. Cumple al acompañar al esposo, aquejado ahora él de la melancolía o el tedio al que antes ella había sucumbido. Ese año recorren Nueva Cork, las cataratas del Niágara, Carlsbad y otros sitios de diversión que Isabel comenta socialmente. A su pesar, emprenden el viaje a Europa. Llegan a París en mayo de 1885 y compran "el hotel del príncipe Ruspoli" en *la rue Daru* Número 14. La vida que antes transcurría entre México y Tacubaya, se desplaza ahora entre París y Dinamarca, Suiza, Alemania...

Una década después, el gobierno de México, encabezado por Don Porfirio, nombra a Antonio Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Francia. Con anterioridad, Antonio había rehusado la designación para Inglaterra y para Rusia. Isabel, en sus *Apuntes* que ahora retoma esporádicamente, consigna cómo en 1897, Antonio es el representante del gobierno mexicano en el Jubileo de la Reina Victoria, y relata las fiestas que duraron tres días. Luego, en mayo de 1899, el Duque de Mier es el delegado mexicano a la Conferencia Monetaria de la Haya. Ella anota lo importante e intercala notitas pequeñas acerca de Niza, Cannes, Monte Carlo y otros viajes.

El 13 de diciembre de 1899, Antonio, que no se repuso del todo ni siquiera viviendo en Europa, muere y ella se sume en la tristeza. Cierra el palacio donde se ocupó de recibir a los numerosos invitados de su esposo, a quien acompañó en sus representaciones diplomáticas. Colgó un enorme crespón negro, un moño, en la puerta de la gran mansión parisina; cerró sus salones al público; se arrojó en vestiduras negras ella, incluso vistió a la servidumbre de negro, y como otras románticas y viudas famosas (Carolina Coronado) , jamás volvió a salir a la calle. La Duquesa sobrevivió al Duque 14 años más. Según los *Apuntes*, consagró estos años a sus recuerdos y prácticas religiosas. Y decidido retirarse del mundo cuando enfermó de tifus. Sólo a fines de 1909 se anima a salir un poco a verificar la edición de sus *Dichas y Penas* y *Apuntes de Viaje* que ven la luz en febrero de 1910:

En marzo de 1904 se me desarrolló un tifus horroroso, que hacia días se me preparaba, cuyos resultados después de siete años aún lamento. Hace diez que vivo retirada del mundo, recibo a la familia, algunos buenos amigos y a mis hermanos cuando han venido de México. Esto es mi consuelo, pero la idea de no ver más la patria y la mayor parte de mis deudos que ahí habitan, es el punto negro de mi existencia.

Por lo demás, estoy resignada con la voluntad de Dios, llevando en su amor los padecimientos físicos y morales que Su Majestad me envía. ¡Vivo con los recuerdos del pasado, fija la mirada en la verdadera patria! (p. 622)

Con el caudal heredado de su amante esposo, más el suyo propio, Isabel estableció que a su muerte debía constituirse la Fundación Mier y Pesado, para los desamparados, y en eterna memoria de la felicidad de los esposos y de la bondad del Duque. Así, en 1917, comenzó la institución que a la fecha cuenta con una Casa de Salud y un Asilo de Ancianos en Tacubaya, un orfanato y escuela para niñas, por el rumbo de la Basílica de Guadalupe, y un hogar para ancianos en Orizaba, Veracruz. La Mesa Directiva de la Fundación ha contado con la participación de personajes como Luis Legorreta, Gabino Fraga, Xavier Muñoz y Doña Guadalupe Rubín de Mondragón. En la Casa de Salud de la Colonia Escandón, se conserva el retrato al óleo de Isabel, que pintó su hermano Natal María, así como varios documentos interesantísimos para la vida de esta poetisa. Por ejemplo, está ahí la Real Ejecutoria de Nobleza fechada el 23 de julio de 1864 y una crónica genealógica manuscrita. Isabel Pesado, escritora romántica, veracruzana ilustre, mujer culta e inteligente, nos ha legado en su escritura, un conocimiento del mundo que bien puede guiar nuestros pasos hacia esa verdadera patria.